



DESFILE DE LA LOCOMOCION.

El domingo pasado se realizó por la Rambla del Sur, del Parque Rodó a Ejido, la Fiesta del Transporte y el Desfile de la Locomoción, con vehículos pertenecientes a distintas épocas. Muestra la nota un aspecto del festival, muy lucido pese a lo desapacible y frío del día.



Clausuradas la puerta y las ventanas: así se clausuró también la época representada por el molino.

FUE en 1790 que nació en Montevideo don Juan María Pérez, que cursó su doctorado en Charcas y volvió a su ciudad natal a tiempo para ocupar un asiento en el Cabildo artiguista de 1815. Vio caer luego a Montevideo en manos portuguesas, enarbolar en la Ciudadela el pabellón imperial del Brasil, nacer la República, sesionar la Constituyente en que formó parte y gobernar al presidente Oribe, en cuyo serio y honrado Ministerio de Hacienda prestó grandes servicios al país. En la vida privada fue comerciante, agricultor, viñatero, plantador de árboles en los bañados de Carrasco; tuvo diecisiete saladeros,

hornos de ladrillos, atahonas y molinos.

El que ha llegado hasta nosotros es su molino de agua de Malvín. Lo hizo levantar cuando ya la ceguera había arrojado sobre su rostro un velo de melancolía, como lo consigna don Raúl Montero Bustamante al recordar su magnífico retrato pintado por Gallino.

El terreno en que lo levantó lo había adquirido en mucho mayor área por compra al Estado del campo conocido por Rincón del Buceo y Carrasco, denominado "Chacarita de los Padres", en escritura autorizada en 18 de febrero de 1834 ante Juan León de las Casas. Inmediatamente

EL MOLINO DE AGUA

levantó su molino junto al arroyo. Desvirtuamos, pues, una crónica aparecida hace años, que atribuye a Balbín Vallejo la propiedad del mismo y la versión que haya dado albergue en 1807 al invasor inglés que tomó por asalto a la ciudad fundada por Zabala.

El edificio es de dos plantas, de piedra la primera. Tuvo luego tres agregados que fija Horacio Arredondo por el examen de la construcción y el distinto tamaño de los ladrillos según las épocas.

*

Apenas instalado comenzó a funcionar, usando la fuerza del arroyo cercano, nacido entre los médanos junto a la primitiva senda que se llamó "Camino al Paso de Carrasco", luego "Aldea" y hoy "Avenida Italia". El hilo de agua surge frente a la laguna del Parque Rivera y se echa en el río junto a la enorme rueda de madera del molino de Pérez, pero con poca fuerza para moverla. De ahí la construcción de la represa para embalsar las aguas.

Ignoramos quiénes trabajaron allí hasta 1887, en que firmando contrato con José Orley, entró Accossano en él como inquilino, hasta 1895 en que el establecimiento industrial dejó de trabajar bruscamente.

Describiremos la catástrofe de ese día de marzo.

Lo que hoy es el lago del Parque Rivera era entonces la laguna del amplio campo que el ebanista Durandau había adquirido sin pensar que un día habría de llegar hasta él el paisajista Carlos Racine para animarlo con sus magníficas plantaciones. Trabajaban diariamente en la laguna hasta ochenta lavanderas que ofrecían hermoso aspecto al agreste lugar. Pero ese día de marzo no trabajaron. Tampoco los quince días siguientes, en que en esa quincena de diluvio no se detuvieron nunca las lluvias. Montevideo asistió entonces al desborde del Miguelete y del Pantanoso. También salió de cauce la laguna de Durandau, ya que creciendo vertiginosamente no pudieron los más altos médanos frenar la fulmínea creciente. Está registrada esa inundación en los diarios de la época, anotándose que los vecinos de Carrasco temían por sus viviendas amenazadas. Tanto fue así que llegó un momento en que decidieron abrir un boquete, un gran surco en los médanos, por el cual se precipitaron las enloquecidas aguas que ganaron el curso del arroyo, para echarse al fin, salvajemente, sobre la represa del molino, destruyendo la enorme rueda que hacía girar los mecanismos interiores, descarnando los cimientos del piso bajo, para ganar altura inundando el segundo, que fue desalojado ya mediada la tarde. La catástrofe había durado una hora, pero marcó el fin del molino de agua

que había trabajado incesantemente por más de sesenta años. La familia de don José Accossano pasó la noche en carpas a cincuenta metros de las ruinas, sobre la barranca que marca hoy el límite de la cantera.

Esta recién fue abierta en 1918, para extraer de ella la piedra que relleno la rambla costanera.

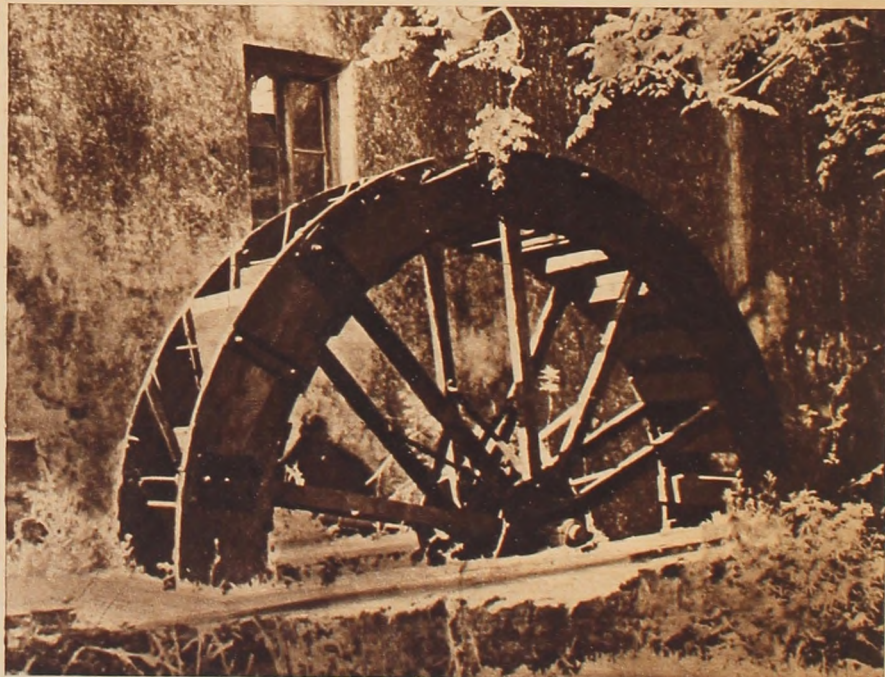
Pero Accossano quedó. No sería molinero, pero la extensión de las tierras de Pérez llegaban hasta donde hoy se abre la calle General Paz y él tenía hijos que podrían laborarlas. Fue, pues, arrendatario de la sucesión desde 1895 hasta 1910, en que asociándose a Mir, Nava y Carrau, compró las doce hectáreas que englobaban el viejo molino de agua. Con una de las hijas había casado Rovira y es uno de sus muchachos quien nos acerca estos datos fidedignos.

"Las dos higueras no tienen sesenta años. Las plantó mi abuelo a fines del siglo" —nos dice siguiendo nuestra mirada, que de su añoso tronco baja a las dos ruedas que miran el mar desde la tahona.

Es sobre todo digno de la crónica el viejo molino de agua que el Concejo Departamental está restaurando, porque desde fines de siglo visitantes ilustres acostumbraron arrojar en él sus descansos. A menudo llegaron allí acompañados de sus familias,



POLICIA DE LA PATRIA
JUAN MANUEL BLANES



La rueda hidráulica, en reparación actualmente, girará de nuevo evocando el ayer.



El viejo edificio del molino de Pérez parece un jirón de pasado que sobrevive en medio del paisaje actual.

José Batlle y Ordoñez, Pedro Figari y Juan José Castro. Pernoctaron en sus amplias piezas contadas noches. Imaginamos la fruición con que comenzaban sus charlas en la anochecida estirada hasta la madrugada, alejados ya las señoras y los hijos chicos en sus carruajes.

No sabemos cómo ni cuándo intimaron Batlle y Figari. Se nos ocurre que a raíz de la trágica muerte del joven Tomás Butler, ultimado de un tiro de revólver por manos desconocidas pudo el primero acercarse al defensor del teniente Almeida, falsamente acusado por la policía bordista de la época. La brillante defensa del Dr. Figari, famoso más tarde como artista de mérito, hizo nacer entre ambos la mutua simpatía que se dispensaron. Los dos sentían hondamente un firme afán de justicia.

Batlle empezó a frecuentar el molino de agua a principios de siglo: tal vez en 1900. Recorriendo más de una vez con un grupo de amigos la costa del río, pensó en las hermosas playas del Este, incultas todavía. Pudo recordar las famosas costas mediterráneas, visitadas en el setenta y tantos, y vueltas a recorrer más tarde el año once.

En uno de esos paseos ocurrió un episodio raro. Murieron en él cuatro caballos, de aquellos que la Escolta Presidencial enviaba para que los visitantes del molino recorrieran en ellos los alrededores. La escolta estaba entonces en la calle Yi, antiguo taller de adoquines del coronel Latorre. Siempre gordos los animales, trabajaban poco y dormían parados en las piedras que eran un resabio de la época sombría, en la que debían "laburar los manates de levita". Cuando esos animales eran llevados a Malvín, los médanos los fatigaban fácilmente y una tarde de bochorno cuatro de ellos pagaron con su vida la invalorable ayuda prestada. Batlle no era Presidente todavía. Cuando lo fue, la escolta decidió mandarle los animales a Piedras Blancas. ¡Era de ver el gozo con que se echaban en el pasto, revolcándose entre nubes de polvo!

La muerte de estos caballos nos recuerda el fin trágico que encontró en el Cerrito el coronel Muesas, el último día del año 1812. El jefe español cayó muerto sin que ninguna herida lo hubiera alcanzado. Enormemente grueso, la precipitada subida del Cerrito lo victimó de pronto, tal vez por una dilatación aguda del miocardio.

*

Tenía que interesarnos cuanto se relaciona con la vida privada de Batlle, sobre todo sus continuos cambios de residencia, una vez que dejó el molino de la Aguada en que naciera en mayo de 1856 y que recién abandonó la familia de don Lorenzo después del 75, vendida ya la propiedad que don José Batlle y Carreó había comprado a don Mateo Magariños en 1810.

EL DIA fue fundado en junio de 1886, y desde entonces seguramente Batlle no deseó apartarse mucho de la imprenta.

Habitó, pues, en la Plaza Cagancha, junto al Palacio Jackson, donde funcionó hace

años la Intendencia y el Ministerio de Obras Públicas. La entrada estaba en calle Paraguay. No se alejó mucho cuando dejó esa residencia. Vivió en la misma Plaza, junto a la Onda, en casa con entrada por San José.

Posteriormente se trasladó a la calle Rondeau entre Mercedes y Uruguay, ubicación que alcanzó, sucesivamente, a las dos aceras.

Cuando vivía en la acera Este, estalló en la noche el motín del 4 de julio del 98, del mayor Isasmendi, del cual el comisario de la Unión coronel Félix Laborde, fue quien informó al Jefe Político Rufino T. Domínguez, quien trasladó de inmediato la novedad al Presidente Cuestas. Mientras tanto, ajeno a todo, dormía Batlle, tranquilamente en la noche, cuando sonó el telé-

fono. Era Santana anunciándole el levantamiento militar. Por temor a la familia, Batlle decidió abandonar inmediatamente la casa. Saló sin rumbo, decidido a pernoctar en el primer hotel que le abriera sus puertas. No le abrió ninguno. Al fin llegó al Hotel Pirámides, que lucía al frente de su edificio una gran bandera francesa. Este acertó los huéspedes. Sus temores eran fundados. Al rato estalló una granada en el gran balcón de Rondeau casi Uruguay.

Unos años antes, 1891, Batlle alquilaba en Jackson y Durazno. Antes de comorar la quinta de Piedras Blancas, era la primera vez que se alejaba tanto del centro de la ciudad... y de la imprenta en que editaba su diario, que en esa época ocupaba un edificio en 25 de Mayo y Bartolomé Mitre, junto a la casa Trabucatti. Don Pepe

era extraordinariamente puntual, y como el diario aparecía a las once, desde la calle Jackson y Durazno, empezaba su caminata a las tres de la mañana para llegar a tiempo a la imprenta. A esa hora no había locomoción colectiva... y él no disponía de coche.

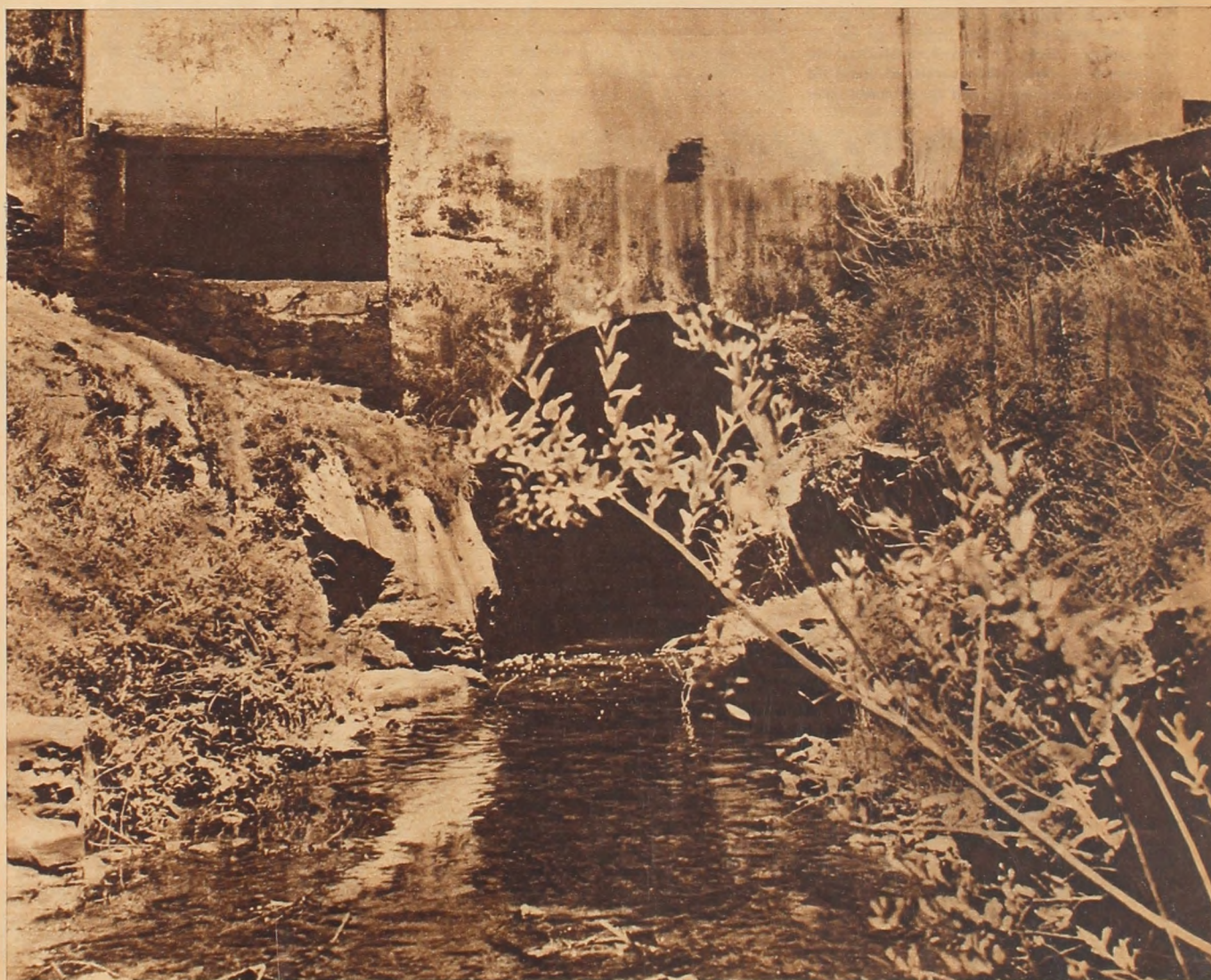
Antes de esa época había habitado junto a la Plaza Independencia, al lado del Teatro Solís, en una casa que tenía acceso por las calles Liniers y Juncal.

Al fin encontró el descanso de Piedras Blancas, donde se abrirá algún día su museo personal.

M. Ferdinand PONTAC

(Fotografías de la Oficina de Prensa del C. D. de M.)

(Especial para EL DIA)



El tiempo se llevó molineros y molinos. Pero, junto al de Pérez corre la cinta de agua que movía la rueda. ¿La misma agua? Pensamos en Heráclito...



LA MELANCOLIA. Alberto Dürer.

"Vivir es volar por encima del tiempo que se desliza".—PEER GYNT, Ibsen.

EN el mundo antiguo todo lo trascendente tuvo alas, ángeles o demonios. El genio alado fue imprescindible concreción de un tenso anhelo hacia lo alto. La voluntad de evadirse de la condición mortal, el ansia de eternidad, la ambiciosa sed de terrenas pre-

eminencias, el afán de rebasar el reborde de la estatura común del individuo, cifró en el vuelo el símil de la superioridad moral. El ángel se entroniza como alegoría perpetua. Estará en los umbrales del Paraíso, en los textos asirios, persas, bíblicos, en las realizaciones de los pintores, en los alto-relieves de las catedrales, en los frescos funerarios, en la simbología de los poetas

DEL ANGEL AL AVION

y los músicos, en el lenguaje de los enamorados. Un gran rumor de alas atraviesa el cielo de todas las religiones: alas heredadas de las Nikés paganas, que fueron las antepasadas de los ángeles. ¿Cómo discernir, en la encrucijada donde mitología y religión se diversifican, puesto que en la nebulosa crónica primitiva, el aluvión de dioses que pobló la tierra se narró en parábolas, en las que resulta imposible discriminar lo poético de lo verídico? Pegaso, Clavileño, son los corceles del vuelo imaginativo, la fantasía que hermosea la aventura humana, y sin la cual no hay triunfo po-

sible. Por eso Icaro fracasa; porque las alas con que se remontó por el aire se fundieron al sol; y acaso quiere enseñarnos su leyenda que sólo es valadero el vuelo genuino, que sólo perdura lo auténtico, que en él no valen alas ajenas, y que las prestadas duran poco. La antigüedad, que personificó todos los impulsos del alma, puso alas al Amor, al Sueño, a los Vientos, a las Estaciones, al Tiempo, a la Muerte. Pero no confundamos lo angélico con lo pagano. El ángel de las religiones que arranca en el judaísmo, no tiene parentesco con los geniecillos aéreos y las deidades volantes del Panteón



ANGEL DE LA SONRISA. Catedral de Reims.



ANGEL DE LA ANUNCIACION. Monasterio de Konigsfelden.

EL TEMA DEL ALA

clásico. Espíritus flotantes, son los emisarios celestes, los intermediarios entre la divinidad y el hombre, la forma accesible de la Providencia. Erróneo fuera suponer que el ángel es una figuración privativa del cristianismo. Aparece en sitio visible en las doctrinas de la India y la China, de Persia y de Egipto. Aparece en los libros de Moisés y en las poesías de David y Salomón, como en los cuentos de las Mil Noches y Una Noche. De Oriente a Occidente el espacio se brotó de alas, para significar una categoría suprema del sentimiento. Bello como un ángel, bueno como un ángel, dulce

como un ángel, son algunos de los muchos lugares comunes en los que interviene como término comparativo. Por contraste, andar "a ras de tierra" equivale a la desdenosa comprobación de lo que carece de aptitudes para remontarse por sobre lo cotidiano. El austero monoteísmo hebreo no propiciaba el flotilegio de los mitos; pero después del Cautiverio, cuando aquél se impregna del pensamiento caldeo, el ángel se individualiza, adquiere biografía, toma nombre y carácter, es bueno o malo. Y si los más remotos se pareren en la fisonomía y el atuendo a los genios helénicos, ya la Edad

Media nos muestra a esos ángeles larvados y adolescentes que se envuelven castamente en los pesados repliegues de sus túnicas de piedra, ángeles de ojos ciegos y sonrisa perpetua, como el famoso de la portada de la catedral de Reims, o se inmovilizan en el recuadro policromo de los vitrales. Pero los del medioevo son acaso demasiado puros, demasiado perfectos; les falta el soplo de calor vital que les dará el Renacimiento, desnudándolos en el gozo meridiano de una edad que exhumó para el arte y la vida la luminosidad ideal del cuerpo humano, añadiendo a espaldas juveniles la gloria de alas muy poco ultraterrenas. Quizás éstos se parezcan más a los ángeles de la guarda que Hesíodo teoriza en versos, que los rígidos y clausurados medievales, en la cen-

dura de sus dalmáticas que ningún viento se atrevería a desplegar.

Los ángeles renacentistas, como los bizantinos, son jóvenes, lampiños y bellos, un poco femeniles, con esa gracia andrógina que los tipifica. Con relación a los de la Edad Media, han prosperado; son más robustos, rollizos si son niños —deliciosos en Murillo y en Rubens—, tiernos, sin aristas, y no se les concibe, como a los del siglo XIII o XIV, como porteros del cielo o del infierno, pesando los pecados de las almas. Juguetones, satisfechos, parecen haberse olvidado, un par de siglos después, de la negra anécdota luciferina, del Ángel Caído, de los antepasados coléricos, apocalípticos, que acompañaban el furioso batir de alas con los gestos de amenaza del puñal intimidante o la espada flamígera, del reverso sombrío que es la parte vergonzante de su historia de familia. ¿Cómo pensar, pese a las muchas representaciones del Juicio Final de esta época, en el tatarabuelo destruido a tinieblas perpetuas, cuando la existencia es una constante incitación a la sonrisa? ¿Cuándo el mundo y el hombre están renaciendo a un modo nuevo de humanismo? ¿Y qué diremos, más tarde, cuando el espíritu francés se expande en esa refinada quintaesencia de cultura que sólo puede resumirse en una sola palabra intraducible catalmente: la "gentillesse", y que nos enseña unos angelotes impúdicos, reidores y rozagantes, más apropiados para acompañar en sus alcobas a las marquesas que para integrar coros divinales, como los de Boucher, más próximos de los Eros griegos que de los serenos ángeles de las religiones occidentales?

Es tan vasto el tema que se nos desordena a medida que queremos ordenarlo. Es imposible cubrir cronológicamente el vuelo secular que supone pasar del arrobamiento de los ángeles músicos que pintaron John y Hubert Van Eyck a la sabrosa y popular expresión que sintetiza una forma especial de la gracia apicarada, dicho en ese "tener ángel" que lo resume todo, ni resulta fácil explicar el abismo que separa la naturaleza civilizada y mística de los ángeles europeos de los intrincados y guerreros dioses emplumados de los mayas, por ejemplo. Sólo nos cabe señalar cómo la historia se cubre de alas.

En la piedra, el mosaico, el fresco, el marfil, se tallan ángeles y animales alados. El vuelo se consagra como un símbolo. La alfombra mágica se emparenta con aquel aparato volador que planeó Leonardo, como una misma forma de esas apetencias de elevación. Más cerca de nosotros, el ángel se nos transforma en un asunto de aeronáutica, en el relato de los inventores que quisieron competir con los pájaros y vencer la resistencia del aire con máquinas inverosímiles, con extraños globos y dirigibles, con alas mecánicas, hasta cumplir la hazaña moderna del avión.

Porque está implícito en el vuelo el signo de la nobleza interior; aquella parte alada del espíritu con que Rodó acentuaba la índole de Ariel —Ariel, que también tiene alas—. No conocemos al respecto nada más expresivo que un breve poema de Juana de Ibarbourou, donde el cazador cruel dice: "Hermano Calibán: Me voy de caza. / ¡A trizar alas, a romper el vuelo / Del pájaro que pasa / Protegido de Ariel, cerca del cielo! / Porque yo no sé alzarme de este suelo / Donde tengo mis hijos y mi casa. / Hermano Calibán, detengo el vuelo / Del pájaro que pasa." Esá genialmente apresado en estos versos, el odio del ser inferior a lo que le supera, el rencor hacia lo que se levanta del horizonte común, la antipatía y el resentimiento que quieren nivelar de arriba hacia abajo lo que no pueden alcanzar de abajo hacia arriba.

Genio alado o ángel, porque no existen, el hombre los sueña; todo lo inabordable estimula el alma, siempre ansiosa de misterios. También la Esfinge tiene alas: desde el fondo del tiempo, sigue avanzando hacia nosotros el rostro del enigma. Pero he aquí que a mitad de camino marcha con ella, más joven e igualmente eterna, también con su secreto irrevelado, la Victoria decapitada que un día fue proa de navío. Aun la salpica la espuma antigua y la ola salada muerde el borde de su túnica. El vuelo absoluto llega hasta nosotros como un estremecimiento.

Porque el piloto angélico a veces aterriza y la fe parece caducar en las criaturas. Igual que en ese grabado de Durero en que un ángel entenebrecido pliega las alas como si negara melancólicamente la posibilidad de la esperanza humana.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



ANGEL CON CANDELABRO. Miguel Ángel.



El romanticismo del Sur dice: "Presente" en las señoriales mansiones de las plantaciones del Misisipi, sin que nada interrumpa su siesta de camelias y cedros. Una sombra que pasa bien puede ser el espectro de Scarlett O'Hara.

"¿No le gustan esas largas tardes de Nueva Orleans, cuando una hora no es sólo una hora... sino un trocito de eternidad que le ha caído a uno en las manos... y uno no sabe que hacer con él?"

Blanche Du Bois, en "Un tranvía llamado Deseo".

CUANDO Tennessee Williams ubicó la acción de su célebre drama "Un tranvía llamado Deseo" en el barrio francés de Nueva Orleans, el astuto dramaturgo sabía ciertamente lo que hacía.

También el novelista norteamericano Truman Capote en "Otras veces, otros ámbitos" traficó literariamente con la elusiva poesía nocturna y la alquitarada magia decadente

de esta ciudad sureña, que está realmente en el límite de la realidad y el ensueño.

Como en los dibujos de los artistas bohemios que se apostan a sobrellevar su ocio a la vera de la Catedral de San Luis, en Pirates Alley, Nueva Orleans tiene la fineza arrobadora de los trazos de pluma, y ejerce una profesión señorial sobre los últimos vestigios románticos del pasado.

Porque Nueva Orleans, y más que nada su admirable barrio francés, posee sobre el resto de las otras poblaciones que florecen en el vasto territorio de la Unión, una ventaja eterna para la preferencia latina y que consiste en un solo concepto: dulzura de vivir.

Algo que ha desaparecido hoy del mundo, para alegría de los analfabéticos emocionales, y que se llama romanticismo, es la



Emulos de Picasso y de Lautrec se apostan en Jackson Square para pintar a las bellas turistas.

UN DESEO LLAMADO NUEVA ORLEANS

moneda corriente que se cambia a cada paso por las calles de Nueva Orleans.

Tiene la ciudad criolla una apariencia alerta, rápida, envolvente, pícaro y profunda, que la protege con una especie de tímida ternura, del incontrolado caos de este mundo.

Toda ella está contaminada de una desordenada riqueza de recuerdos. Todo el mundo literario y artístico de los EE. UU., o que visita el admirable país temporalmente, ha desfilado alguna vez por estas callecitas del barrio francés.

Canal Street es la calle mayor (y aún la más ancha de todos los EE. UU.) que separa el nervioso macizo céntrico y comercial de Nueva Orleans de esa otra zona embrujadora que se conoce con el nombre de Vieux Carré y cuyo eje polarizador y magnético es la escandalosa Bourbon Street.

Hay otras arterias de notable tradición histórica en la risueña urbe del Misisipi. Tiendas de toda índole han dado fama a la

Royal Street que corre paralela al Bourbon. Los comercios de antigüedades no abundan por cierto en los EE. UU. y los de Nueva Orleans, entronizados a lo largo de toda esta calle, parecen respetabilizados por el paso del tiempo.

El visitante andariego se detiene, aquí, ante un escaparate iluminado consagrado a tanagras, más allá, ante otro dedicado a los íconos. En el tercero hallará, sin duda, soldaditos de plomo pintarrajeado que evocan entusiasmantes las batallas de la independencia de tiempos de Jackson, y en las que participó Jean Laffite, el joven y apuesto bucanero que gozaba de las generales simpatías de Nueva Orleans, y tanto, como para que las generaciones que le sucedieron hayan dado su nombre a una de las vías actuales.

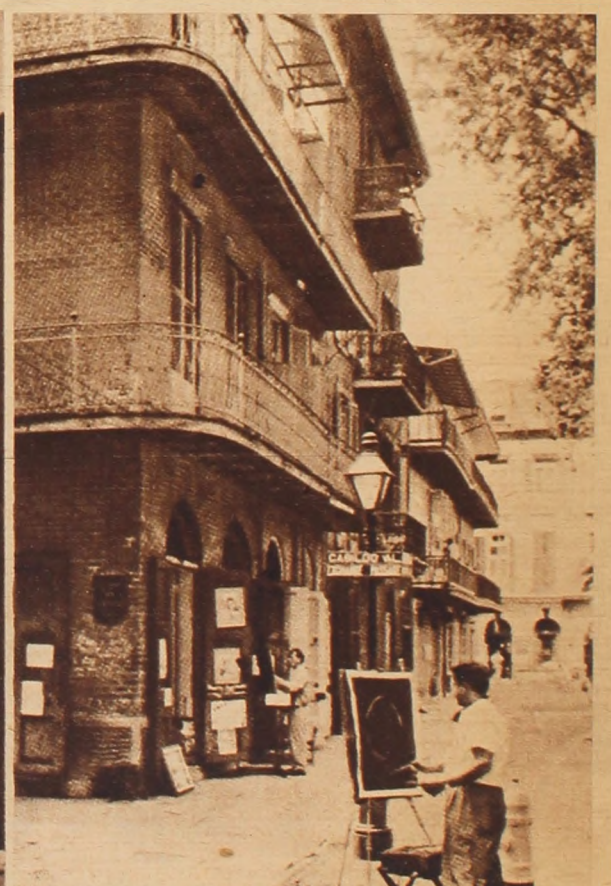
En la misma Royal Street, se asegura que Jean Laffite, había abierto un concurrido comercio de pirateados artículos de gran lujo. Corría el dinero de la entusiasta po-



Como dibujos congelados esplenden los ornamentos de hierro de este antiguo edificio construido por Jean La Branche en 1835.



Carruajes parasolados recorren desde el siglo pasado las románticas calles del Barrio Francés.



Pirates Alley, es un corredor que separa el Cabildo de la Catedral de San Luis. El callejón es escenario principal del barrio bohemio y lugar favorito donde los artistas hacen sus exposiciones al aire libre.

blación contemporánea a cambio de ricas sedas y terciopelos, de vinos y de licbes, de plata y de finas perlas.

Toda Royal Street está hoy tan impregnada de la leyenda de estas épocas aventureras que la imaginación evoca sin esfuerzo la hirviente Bahía de Barataria, situada sólo a 50 millas de Nueva Orleans y que era la guarida preferida, donde los bucaneros de ayer (hoy la piratería ha asumido otras formas que todos conocen) conducían los ahorrados galeones españoles e ingleses, apresados en azarosas correrías por el fumambulesco Mar Caribe. Nueva Orleans era entonces con sus atrevidas diversiones un buen mercado para gastar el botín. Blancas y cuarteronas, escondían detrás de grandes abanicos, sus codiciosos ojos de brisas negras, buscando en la Opera la dádiva generosa de los millonarios de la bandera negra. Los opulentos salones de Nueva Orleans comienzan a poblarse de espejos, de brocados, sedas, cristales y brandy, mientras en los patios secretos araña los sueños el tantan frenético del Vodú, que introducen los negros que son trasladados del Congo para ser vendidos a tanto la libra.

Los negros luego habrán de crecer y multiplicarse e irán olvidando (no del todo) el Vodú por el jazz, y así nace Bourbon Street.

¿Qué es el Bourbon, como le dicen con fianzudamente los criollos?

Más que una calle, es una feria de clubes nocturnos y restaurantes con cocina francesa donde abundan los platos con base de ostras, cangrejos y arroz.

Como ayer los brujos comerciaban su magia, hoy se entronizan en estos cabarets, esculturales actrices que divierten las exhibicionistas variedades del "strip-tease" mientras los espectadores devoran suculentos "hamburgers" con cebolla.

Todas las mujeres que bailan en el Bourbon, aunque vengan de lejanos lugares, parecen descendientes de aquellas otras que brillaban para Lafitte en los hermosos bailes de las mulatas de Nueva Orleans que sólo tenían por rivales a las de Haití. Pero si aquéllas danzaban en procura del preciado talismán para ahuyentar los espíritus, las laxas muchachas de hoy dirigen sus sonrisas a las abultadas carteras de los rubicundos "yanquis de Texas".

Pero es inútil: la ardiente pasión se trueca en hojalata y las chicas del Bourbon cuando se silencian las trompetas del jazz, vuelven al amanecer a sus hoteles de mala muerte que se han salvado apenas de la demolición, por la sola condición de cotizar sus descascarados muros en atracción turística.

Coches de los que tiran lustrosos caballos empenachados y de encascabeladas colleras recorren el Bourbon en la alta noche, atiborrados de multimillonarios turistas del petróleo, como ayer condujeron a la casa destinada a un tal señor Napoleón a exquisitas damas criollas de piel de tuberosa, que se volvieron viejas esperando que Jean Lafitte entrara con ellas en la leyenda.

Describir ese ámbito de bric-a-brac del Bourbon actual con tufillo de ambiente de boudoir y museo churriguero, donde bajo los arcos luminosos y frenéticos, atraen la atención del embelesado viajero los más provocativos afiches pecaminosos, es tarea que compromete por cierto a la prolija e interesada literatura del turismo vernáculo.

Pero deliberada o no, la luz del Bourbon tiene algo de siniestro y fatal. El deseo



Todas las casas de Nueva Orleans ocultan sus ajadas fachadas como exquisitas damas que velan sus rostros con aéreos abanicos.

(cuando no viaja en el ómnibus que circula por la calle Royal) arrastra sus alas negras por estos entrevisos salones, donde se acumulan espejos mortecinos y cortinados difuntos, que reflejan a muchachas vestales que apenas resistirían la luz. Durante el día, los negocios de esta popular vía permanecen cerrados y la gente pasa sumamente atareada rumbo a su oficina y a los "buildings" céntricos. Por la noche se ven los mismos rostros. Ahora en busca de la diversión y el placer.

Una manera de sentirse millonario sin tener un centavo, se obtiene en Nueva Orleans dándose el gusto de caminar, andando sin rumbo definido, sin preocuparse de itinerarios trazados y por calles como Chartres, Toulouse o Saint Peter, en las que a cada paso surgen los contrastes inesperados: casas pintadas de inverosímiles rojos tempestuosos y persianas blanquísimas; galerías aéreas adornadas de madera labrada que parecen encaje; algún tardío hibisco de abundante; flores color lila; un banco de mármol con una borrada inscripción de hace doscientos años; una desmelenada respectiva enmarcada por un alero de hierro que es cortada a lo lejos por los altos edificios del centro comercial, asiento de magnates de fábula con negocios en Memphis, en Tampa y en Dallas, y de grandes empresas bananeras cuya flota de barcos de ultramar está anclada en el cercano Misisipi.

Es en estas noches del agonizante verano de 1958 que el aire de la plaza Jackson, la

más antigua y bonita de todo Nueva Orleans, es tibio, acariciador, y hace oler a la noche a jazmines y a espliego.

Muy tarde se ven centellear las primeras luces en el Misisipi, que luego de recorrer 2466 millas rodea con su brazo de agua la fina cintura de Nueva Orleans, que se pone en la frente la diadema que le prestan las Pléyades.

Altos árboles de magnolia, locos de luna, y macizos de laurel-rosa bordean las calles por donde a la madrugada sigue corriendo ese ómnibus llamado "Desire" que ha venido a sustituir por imperio de las modificaciones urbanas al chirriante tranvía que conducido por Williams dio más vueltas al mundo que el atómico y simbólico Nautilus.

Y ya se mire hacia los costados, hacia adelante, o hacia atrás, el Vieux Carre ofrece sus suspendidos balcones y galerías, por entre las cuales circula el ardiente viento del Golfo de México, que pasa su lengua golosa sobre los racimos amarillos de algún recargado banano.

Cuanto más se mira esos embrujados enrejados de hierro, más belleza se les descubre, y sus arabescos lucen bajo una pátina que el sol sureño viene cociendo desde hace siglos.

Ya sea por Bourbon o por Royal llega el engolosinado viajero al Mercado Francés. Alegres puestos con deliciosas frutas y jugosas verduras incitan a la gula. Y la boca se hace agua frente a las alargadas uvas blancas o a las doradas peras ambarinas

que se han ido endulzando bajo el sol sin piedad del pantano, donde tiempo ha, vivieron los hostiles indios chotaw. Carne, pescado, y miel de arce, alternan con tarjetas postales y chucherías de bazar, cerca de un café al aire libre, que es famoso por sus aromáticos y suculentos bollos fritos.

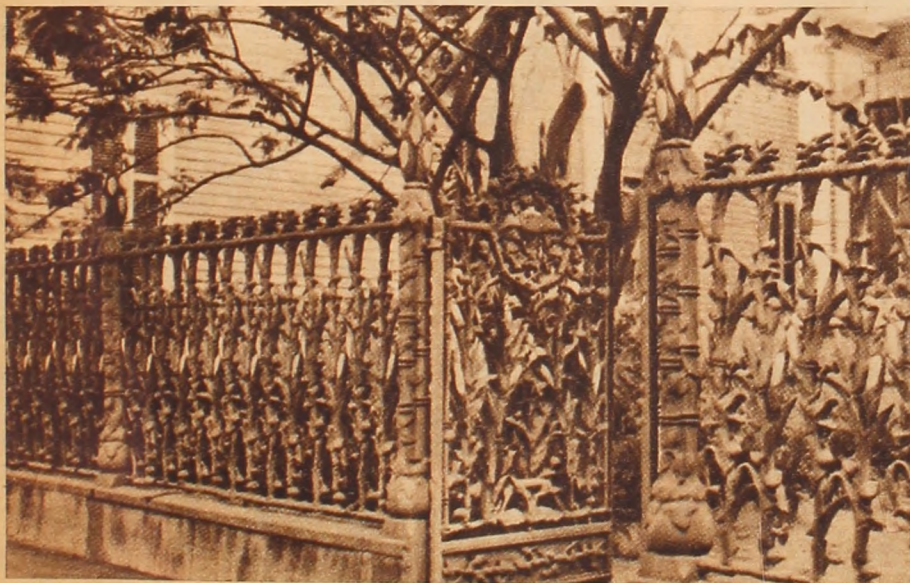
Desde una esquina de las empedradas y tortuosas calles del Vieux Carre, puede verse indistintamente la torre de la Catedral de San Luis, envuelta en retazos de enredadera de Virginia, o el viejo Cabildo colonial como un encantado palacio que habitan fantasmas.

El tintineo de las campanillas de los tranvías que todavía circulan por la calle Canal, es la música que mece a Nueva Orleans como un continuado canto de pájaros. Cuando los tranvías se duermen como grandes animales cansados, música de jazz sale estridente de todos los salones del Bourbon.

Dicen que después de ver a Nápoles, se puede morir en paz. Frente a la fascinación de Nueva Orleans, el floreciente puerto y llave de todo el valle del Misisipi, se podría gritar en cambio —y si se ama esta maravillosa vida:—"Ver Nueva Orleans y quedarse por siempre allí". Los viajeros cautivados, arrojan tres centavos a las oscuras aguas del Misisipi esperando que el vaticinio se cumpla. No hay reparo que hacer a sus quimeras.

J. R. CRAVEA.

Nueva Orleans, 1958.
(Especial para EL DIA.)



Verjas enrejadas como ésta que data de 1859 constituyen un delicado símbolo de pasados días.



La histórica y pictórica Saint Peter Street del Vieux Carre. El poetico edificio de viva tonalidad rojo lacre fue la primera casa de apartamentos que hubo en América.



DESDE que nos iniciamos en los estudios psiquiátricos buscábamos al artista que supiera trasladar al papel o a la tela las expresiones de los alienados. No los dibujos de los textos hechos por encargo del autor y realizados por dibujantes que no han penetrado en la psicología del enfermo y no han visto la riqueza expresiva que hay en esas fisonomías. En la inquietud obsesionante de una idea fija, en la llama viva de una risa loca, en los ensueños celestes de jóvenes princesas alucinadas. Y, cuando ya habíamos renunciado a encontrar al pintor de tal sensibilidad, lo hallamos en la propia Colonia de Alienados de Santa Lucía, vistiendo, él también, el traje marrón de asilado.

Se llamaba Emilio Más. Tenía 68 años. Era valenciano y había sido compañero de Sorolla. Habían estudiado juntos en la Academia de Artes de Barcelona. Fue en esta ciudad donde —de acuerdo con la historia clínica que teníamos a la vista— habían comenzado sus manifestaciones persecutorias. Se le hacía víctima de injusticias, se le amenazaba, se quería intentar contra su vida. Se trasladó entonces a Madrid, pero, allí también, no tardaron en aparecer sus enemigos. Se embarcó para América, y llegó a Montevideo en la última década del siglo pasado.

En nuestra ciudad se reconoció la jerarquía de su arte. Fue el pintor de los salones montevideanos finiseculares. En la



EMILIO MAS, EL ALIENADO PINTOR DE ALIENADOS

exposición de las obras de Emilio Mas que realizan "Los Amigos del Arte" figuran numerosos retratos y paisajes de las colecciones de Daniel Muñoz, Duvimioso Terra, Lafinur, Imaz, doctor José Canabal. Tenía instalado su taller en la calle Policía Vieja. Pero, también aquí, reaparecieron sus trastornos. Y un día, creyéndose cercado por sus enemigos, intentó matarse. Fue internado en el Hospital Vilardebó y, más tarde, trasladado a la Colonia de Santa Lucía.

*

En una pieza de este establecimiento de asistencia tenía instalado su taller. Un caballete, diez cabezas de colores, la paleta y muchos pinceles. Hizo de la observación de los alienados su material artístico. Y en verdad que era abundante el material que tenía delante de sus ojos.

Hombres azules o marrones que permanecen inmóviles, como otros árboles, junto a las palmeras; trabajadores silenciosos que se inclinan, el puño lleno de semillas, sobre el surco roturado; hombres que mientras conducen los bueyes van hablando solos.

Tristes actores que nadie se detiene a escuchar, serios personajes a quienes se les niega escenario para sus dramas. Reyes desposeídos de sus coronas que esperan en el exilio largo una mejor época para restaurar sus tareas. Inventores negados del movimiento continuo y de la piedra filosofal. Hombres-islas incommunicativos, en la cavilación permanente de una idea fija o de un dolor sin eco. Todo este mundo extraño y extraordinario fue pintado por Emilio Mas.

Son diseños rápidos, hechos con barritas de pastel o trazos de carbonilla y realizados con tal seguridad en las líneas que revelan, a la par que singulares dotes de dibujo, una aguda capacidad de observación. Apuntes de fisonomía de alienados y diseños de grupos de enfermos como se les ve bajo los paraísos o junto a las palmeras, en el patio del hospital. Están sentados, juntos y separados al mismo tiempo, porque cada enfermo prosigue ensimismado en su propia cavilosidad.

Grupos de alienados que se dirían árboles por su inmovilidad. Unos tristes, callados, inclinados como sauces sobre la co-





CINADO ADOS

lenta de un dolor envejecido. Otros
antes, con una luz pequeña en los ojos
dulce y muy leve expresión de feli-
Otro, indiferente a la vida que se
en su torno. Grupos de alienados
que les puede ver en las tardes de
sentados en largos bancos, arro-
sobre sí mismos, levantado el saco,
el gorro, protegiéndose del frío pe-
como no lo pudieron hacer de la
O en las mañanas soleadas, en
tranquila que toma mate en un fo-
provisado con una lata. Viejitos len-
venes rápidos animados desordena-
de gestos incomprensibles. Otros
se han que-tado instantáneamente
idos de un gesto, inmovilizados por
tante" de su cinemática mental. To-
lo reproduce en sus dibujos este
que vivió sus últimos años interna-
re alienados.

*

su taller tenía — este hombre — el
mento de impresiones de locura que
durante su viaje por puertos de de-
Y allí había permanentemente diez



cabezas que lo rodeaban. Expresaban distin-
tos estados de alma que había visto en los
enfermos. Y quien sólo visitara a este pin-
tor de tarde en tarde, creería que eran re-
tratos diferentes que cambiaban de conti-
nuo. Pero, no era así. Eran siempre las
mismas cabezas que, cada día, este extraño
pintor modificaba en sus detalles. Le cam-
biaba a una la luz de los ojos y ya no ex-
presaba la alegría que antes tenía, sino la
duda o la desesperanza o un tormento do-
loroso. Movía las comisuras de los labios
de una cabeza de viejo y ella perdía la no-
bleza que tenía: ahora era socarrona, bur-
lesca, provocativa. De este modo hacía vi-
vir sus diez cabezas. Se diría que su pincel
era la batuta animadora de una rara or-
questa de músculos faciales. Y frente a

ellos se pensaba que ese fino pintor ma-
nejaba y modificaba esos rostros como lo
harían en la vida las pasiones, el dinero,
el destino.

Habitualmente, las expresiones de sus
retratos estaban a tono con su estado afec-
tivo. Una esperanza celeste revoloteaba jun-
to a su oído o llegaba una onda de cálida
alegría hasta su pobre y solitaria antena.
Entonces, los retratos, y cada uno a su
modo, tenían la nota de regocijo que ani-
maba al pintor. Pero, un día gris el sil-
bido frío de la desesperanza hería su oído
o llegaban auras de tristeza hasta su so-
ledad.

Entonces, las diez cabezas que vivían con
el pintor, participaban del dolor que le tor-
turaba. Y, cuando en un atardecer frío y

desolado del invierno de 1928, el pintor
loco se quedó muerto, en su torno diez
cabezas expresaban la misma nota de dolor.

En los fondos del extenso campo de la
Colonia hay un predio con cruces de hierro
y maderos numerados a fuego. Flores de
hojalata. Pequeños pinos. Cardos, trébol,
gramilla. Hay una cruz, junto a la cual
todas las primaveras, crecen unos tallos fi-
nos y largos como pinces, con pequeñas
flores azules. Azules como la demencia.
Los tallos se alargan y suben y suben.
Hasta que el viento los quiebra. Y, en-
tonces, las flores quedan tendidas con me-
lancolía sobre la tierra.

Isidro MAS DE AYALA

(Especial para EL DÍA)



RECUERDE U.D.

UN CINCUENTENARIO OLVIDADO: EL DE "BOHEMIA"

BOHEMIA

El Hogar

LA SUPER CERA

QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA y
DESINFECTA
SUS PISOS.

APICURIN



Producto a base de JALEA REAL ESTABILIZADA, analizado y autorizado por el MINISTERIO DE SALUD PUBLICA. REGISTRO 15.310, está en venta en Farmacias.

Habera: LABORATORIOS "CABRAL"

SAN JOSE 1022 — Teléfono: 8.80.67
Montevideo

Café El PAULISTA

Es bueno hasta la última gota!

30 SOBRESALLES

CAFE PURO PAULISTA MOLIDO A LA VISTA

CAPITAS
PILOTS
IMPERMEABLES
CALZADO
PARA
LLUVIA

DURBAN

18 de Julio 872



**CLINICA
DENTAL
YAGUARON**

PRÓTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaauarón 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU



NO deja de causarnos extrañeza que haya pasado por alto, en el mas absoluto silencio, el cincuentenario de la aparición de "Bohemia", la revista literaria que por muchos conceptos dejó una estela imborrable en el panorama histórico de nuestras letras. Quizá el olvido pueda ser atribuido a las excepcionales características del momento universal que impone a los humanos preocupaciones y urgencias del orden materialista, dura ley a la que no escapan ni las clases intelectuales. Con todo, no es plenamente explicable que ni los mismos sobrevivientes de aquella pléyade selecta que nutrió con sus plumas las páginas del "sauroso" quincenario hayan omitido la celebración condigna de una fecha —15 de agosto de 1908— que por lo menos para ellos, tiene una indudable significación sentimental. Es cierto que la mayoría de los



La estampa gallarda de Alberto Lasplacés, en un retrato juvenil aparecido en Bohemia.

que quedan, por la acción inexorable del tiempo, se ha acogido a un retiro contemplativo y silencioso, razón de más para que esos veteranos se sintieran propensos a evocación conjunta de una empresa romántica de la que fueron juveniles protagonistas. Están, sin embargo, a tiempo de reparar la omisión, ya que la quijotesca aventura duró mucho. Duró... casi un año.

Sin querer hemos dado en la explicación más valedera de la perdurable vivencia de "Bohemia": fue una empresa romántica, desinteresada, libre de dogmas estéticos, sin espíritu de clan ni pretensiosos programas reivindicatorios, impulso idealista —nada más ni nada menos— de un grupo de jóvenes escritores y poetas anhelantes de expandir su voz mediante el vehículo más apropiado. Tribuna libre, podríamos decir, para todos los que tenían un mensaje de verdad y belleza para transmitir. En sus páginas se mezclaron los nombres que ya tenían un prestigio incommovible con los de aquellos que soñaban con abrirse paso en el duro camino de la fama.

Pertenecieron a la plana mayor de "Bohemia" o fueron sus colaboradores más frecuentes Leoncio Lasso de la Vega, Angel Falco, Orosmán Moratorio, Alberto Lasplacés, Delmira Agustini, Guzmán Paolini y Zás, César Mayo Gutiérrez, Ernesto Herrera, Esther Parodi Uriarte, Javier de Viana, Alberto Zum Felde, Carlos María de Vallejo, Alberto R. Macchió, Julio J. Casal, María Teresa L. de Sáenz, Carlos Roxlo, José Enrique Rodó, Luis Alberto Massey,

Victor Pérez Petit, Carlos T. Gamba, Raquel Sáenz, Rafael Barret, Julio Alberto Lista, Daniel Herrera y Thode, Carlos Sabat, Ercasty, Julio Herrera y Reissig, Emilio Frugoni, Antonio P. Mascaró, Elias Regules, Ovidio Fernández Ríos, Francisco Alberto Schinca, Ricardo Eguía Puentes, Manuel de Castro, Casiano Monegal, Blas S. Genovese, Clotilde Luisi, Daniel Martínez Vigil, Carlos N. Rocha, Solano Ramírez Noblia y algún otro que pueda escapar a nuestra investigación.

"Bohemia" es, pues, pese a algunas ausencias notables —Zorrilla de San Martín, Alonso y Trelles, Carlos y María Eugenia Vaz Ferreira, Manuel B. Otero, Raúl Montero Bustamante— el mentor de una generación literaria que en cuanto a valores definitivamente consagrados no se ha repetido, a lo que se agregó, como factor de su triunfo inmediato y a su proyección trascendente, su plena identificación con el alma colectiva a la que pulsó incluso en asidua correspondencia con los lectores y sin desdeñar informaciones que no encajaban en su carácter específico. Hoy, hojeando las amarillentas hojas de su colección, pueden movernos a sonrisa piadosa su autodefinición de "Revista de arte", la cursilería irredimible de algunas poesías —la mayoría— que publicó y los arrequives "art-nouveau" que las adornan. Quién sabe si en estas debilidades aparentes no estaba su fuerza íntima, porque la realidad es que "Bohemia" pretendía ser sobre todo —de ahí su título, el primer acierto de sus propulsores— un insustituible instrumento de estímulo, una fuente creadora de nuevos valores literarios. Lo proclama en su primer número, con total prescindencia de retórica: "Bohemia" ofrece sinceramente sus columnas a todos los que quieran cultivar el intelecto en las letras. Este ofrecimiento es ilimitado. Todo lo que se juzgue digno de publicarse se publicará, sin tener en cuenta las ideas, la escuela y el nombre del autor".

¡Qué contraste entre esta tolerancia conmovedora y el sañudo y ceñudo sectarismo estético de los cenáculos de nuestros días! Receptibilidad sin cortapisas que hace que "Bohemia" se desenvuelva en un ambiente de simpatía general, aunque pueda haber resentido la unidad y equilibrio del material que legó a la posteridad. Lo primero tuvo su comprobación en la simpática acogida que la revista encontró en todas las esferas sociales, y lo segundo salta a la vista. Junto a joyas como "Medioeval" y "Explosión" de Delmira Agustini, que luego habrían de pasar a sus libros inmortales; a algunos sonetos impecables de Herrera y Reissig y de Frugoni; a contados poemas de Lasso de la Vega; a la primicia de la "Epigrafiya burlesca" de Barret y al mismo saludo de Rodó a la aparición de "Bohe-



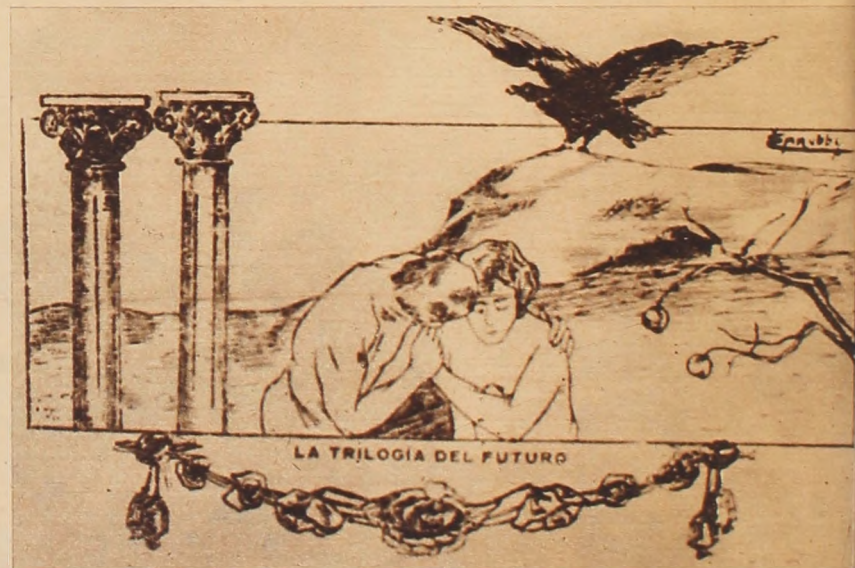
Fragmento de una portada de "Bohemia" en la que aparece el pintor Ernesto Laroche, en una caricatura de "Polux" (¿quién sería?).

mia", página de aurítica arquitectura como todas las suyas, campean allí muchos pecados en verso y prosa pidiendo la absolución benevolente del tiempo. Es, no obstante, una heterogeneidad fecunda, porque el balance arroja un saldo ampliamente favorable. Bastaría la responsabilidad de estos últimos nombres para justificar el prestigio de una publicación literaria. La expansibilidad de "Bohemia" se debió además a su carácter afirmativo y sano que se traduce en una especie de "alegría interior" de crear con ingenua fe. Crear, es decir, construir, realizar, afirmar despreciando las asechanzas negativas de la crítica. La crítica como actividad literaria predominante, como tónica de una época, vendría a ser la ficha de identificación de una generación intelectual de medio siglo más tarde, tal cual con sagacidad y precisión acaba de señalarlo Fernán Silva Valdés en "La Prensa" de Buenos Aires, deplorando con razón la esterilidad de esta posición definitiva de las nuevas promociones literarias.

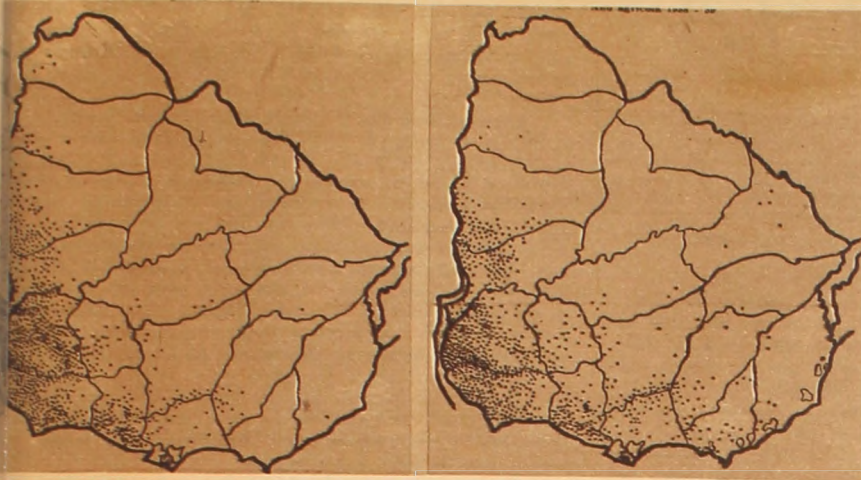
Pero el tema de "Bohemia" y su cincuentenario da para mucho más. Lo continuaremos.

Ramón I. ALVAREZ.

(Especial para EL DIA.)



Alegoría muy principio de siglo dibujada por Hermenegildo Sabat para exornar los magníficos sonetos de César Mayo Gutiérrez.



Las cosechas de trigo y lino alcanzan cifras máximas junto a las aguas navegables del litoral occidental.

Factores de la recuperación económica del río Uruguay

recién aprobado Convenio para el aprovechamiento integral del río Uruguay, mediante la intervención conjunta de nuestro país y la República Argentina, establece en su Art. 3º que "Las diversas utilidades del agua tendrán el siguiente orden de prioridad y no se permitirá ninguna utilización que las estorbe o restrinja: 1) Utilización para fines domésticos y sanitarios; 2) Utilización para la navegación; 3) Utilización para producción de energía; 4) Utilización para riego".

En el curso de las sesiones mantenidas en la Comisión Técnico-Mixta Uruguayo-Argentina, se puntualizó la preferencia que habría la navegación sobre el agua de riego "que difícilmente podría asegurar el caudal del Uruguay, en modo especial en la época de estiaje". Esta primacía en la utilización de la poderosa corriente, sugiere resolver el problema de su navegación que, como se sabe, puede servir a las naves de cabotaje hasta Fray Bentos; es de cabotaje hasta Paysandú y de las mismas características pero con limitaciones debidas a los fondos rocosos, hasta Salto. Limitaciones que serán atemperadas en cierto grado y épocas por la regularización del caudal, mediante el represamiento y funcionamiento de las turbinas.

Esta revisión, empero, debe tener en cuenta dos circunstancias: a) El interés que representa por la potencial disponibilidad de carga permanente; b) Elementos que afectan la reactivación de una marina que alcanzó cifras elevadas y que fueron capitando múltiples causas concurrentes: competencia del ferrocarril y el camión; costos de explotación, leyes sociales exigiendo importantes aportes por distintos conceptos e imponiendo una elevación de tarifas al servicio, colocó al flete fluvial —que normalmente es inferior al terrestre— en condiciones prohibitivas.

Examinaremos uno y otro aspecto.

*

Posibilidad de carga permanente. — Está determinada por varios factores; y dado que las obras proyectadas darán solución a la continuidad de la navegación hasta más allá del límite Norte de la República, se hace necesario incluir en la consideración al departamento de Artigas, tan precariamente servido en la actualidad, lo que compromete el éxito de muchas constructivas iniciativas desmenuzadas y mantenidas por un templado espíritu de trabajo.

Tenemos así: un área superficial en los departamentos del litoral Oeste, de unos 100.000 kilómetros cuadrados que sostiene a población de medio millón de personas. De ellas, el 80 % aproximadamente, o sea 400.000 habitan en los puertos, núcleos urbanos y zona rural ubicada dentro de una franja paralela al río de 100 Kms. de profundidad.

Aclaremos ya el porqué de esta delimitación: estudios diversos realizados en el país fuera de frontera fijan tal distancia como máxima dentro de la cual pueden transportarse económicamente toda clase de cargas —aún aquellas que pueden soportar tasas bajas— por carreteras hasta de segundo orden. En consecuencia, si tales caminos existieran en el país, podrían extraerse desde el interior para concentrarlas en los puertos —o distribuir las desde éstos dentro de la zona— las producciones nacionales.

La citada población consume anualmente miles de toneladas de mercaderías procedentes de Montevideo. Precisaremos cifras más adelante.

Por otra parte, estos departamentos recogen la mayor proporción de los cereales y oleaginosos producidos en el país. No es posible dar cantidades absolutas debido a las variaciones anuales de las cosechas. Manejándonos con cifras promediales calculadas sobre las absolutas tomadas mesuradamente, tenemos que el litoral occidental produce 500.000 toneladas de trigo, 43.000 de lino, 34.000 de maíz, a cuya producción debe sumarse la de arroz y azúcar y, además, unas 16.000 toneladas de lana.

Anualmente, pues, podrían concentrarse en los puertos del litoral para su transporte por río, unas 600.000 toneladas.

De esa producción, una parte se consume en la misma región y aledaños. ¿Qué proporción viene a Montevideo?

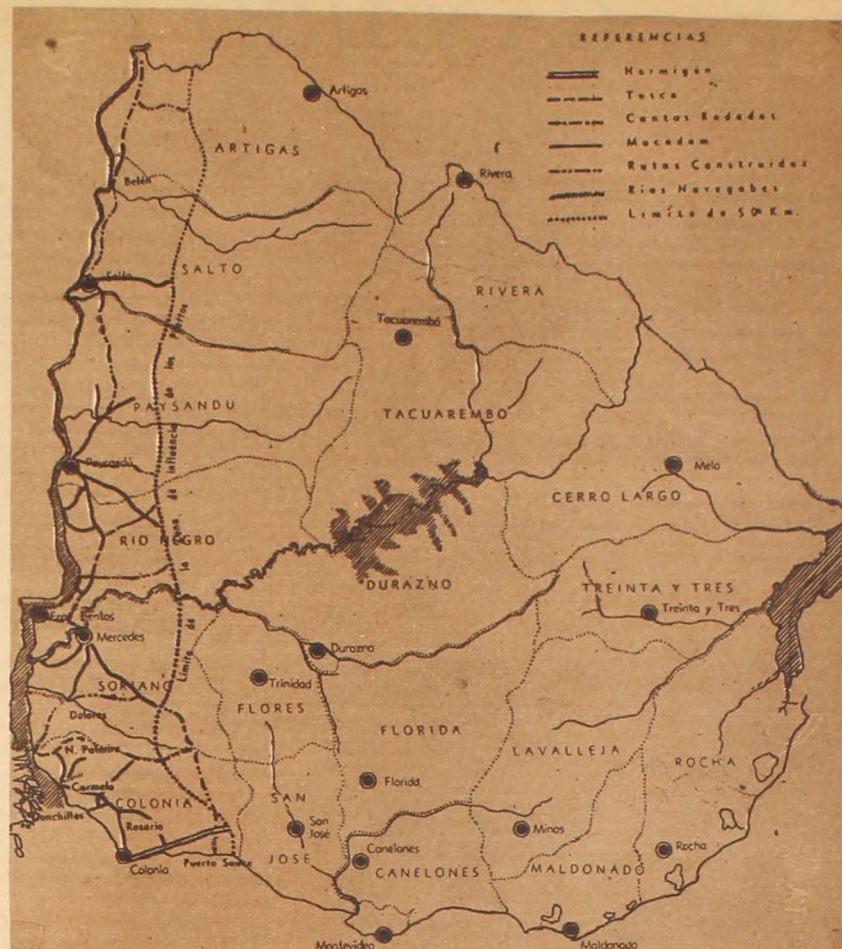
Para satisfacer la respuesta hay que tomar en cuenta lo transportado por vía terrestre: ferrocarriles y camiones y lo que aún se mueve o se ha canalizado por la vía fluvial. No es sencillo llegar a cifras en un país donde las estadísticas son elementales desde cualquier plano que se las considere. Procediendo siempre con mesura para colocarnos en la situación más desfavorable hacia nuestra finalidad, tenemos que el departamento de Artigas mueve para y desde los puertos del litoral por medio del Ferrocarril Noroeste, 79.000 toneladas anuales; Salto, Paysandú y Río Negro, 200.000; Soriano y Colonia, 210.000. O sea, un total de 489.000 toneladas anuales. En esta cifra, no están incluidas ni las cargas menores ni los animales.

A la cifra últimamente apuntada habría que sumar el transporte por camiones, totalmente desconocida. En base a ciertas apreciaciones podemos situarla en 100.000 toneladas por año, para y desde los departamentos considerados.

Queda aún por estimar las cargas que se transportan o hayan transportado por vía fluvial. También aquí la estimación es difícil.

Durante la última guerra mundial, el cabotaje trabajó bien en mérito a las dificultades que tuvo el transporte por carreteras normalizado éste, los buques retornaron a su condición de vida precaria que subsiste en los más bajos niveles. Tomando promedios en un largo lapso, aceptaremos la cifra conservadora de 200.000 toneladas anuales. Tenemos, pues, sumando todas las cifras, correspondientes a las tres vías de transporte consideradas, un volumen total de cargas disponibles de 789.000 toneladas anuales.

Como ferrocarriles y camiones seguirán funcionando, admitamos que el cabotaje pueda intervenir en un 25 % de las posibilidades señaladas: se abriría un auspicioso panorama al renacimiento de las proas, con un volumen a movilizar de 197.250 toneladas, cifra que no sería absorbida por los buques que actualmente podrían intervenir en condiciones de explotación económica. Cifra suficiente para que otra vez, como a principios de siglo, se agiten las aguas del río en un voltear de hélices presurosas, propagando en la onda un rumor de vida en renacimiento. Que no debió perderse si una comprensión de realidades hubiera mantenido un equilibrio en



Dentro de la zona de influencia de los puertos, ciento de miles de toneladas ofrecen perspectivas favorables al transporte fluvial.

la participación de los distintos medios de transporte.

Ya sabemos que no es posible detener el progreso. No pensamos que para mantener la actividad de las velas o perpetuar en el espacio los penachos negros de los barcos mecánicamente propulsados, había que rechazar el riel y dejar que las carretas dilatasen en las horas —largas, en los caminos primitivos y en el lerdo paso del buey— el advenimiento de un país acorde con la evolución del mundo. Pero la verdad es que entre soluciones extremas cabe siempre el equilibrio de un eclecticismo. Que en este caso hubiera estado representado por una coordinación de transportes.

Desde Salto, distante 500 kilómetros de Montevideo; desde Paysandú, alejado en 400, como desde Fray Bentos y Dolores, un rosario de camiones con cargas unitarias de 15 a 20 toneladas, se desgana en una esperanza, incapaz de ocultar una tripe agonía: la suya propia, la del ferrocarril y la del buque, porque sobre casi todo el litoral se superponen las tres vías, aniquilándose mutuamente. Y así los tripulantes de las naves, los camioneros como el personal ferrocarrilero, viven con las limitaciones de una vida insuficiente y la certidumbre de una imposible rectificación si no se cambia el procedimiento de la mutua competencia por el de una colaboración favorable a todos.

He aquí una de las circunstancias, pues, que habría de ser considerada si se quiere que esa preeminencia acordada a la utilización del río limitrofe no sea más que una ilusión entre las posibilidades que abre a la República la obra a emprender con la República Argentina, en una promissora política de integración regional.

No es la única, por cierto, que reclama atención en este problema.

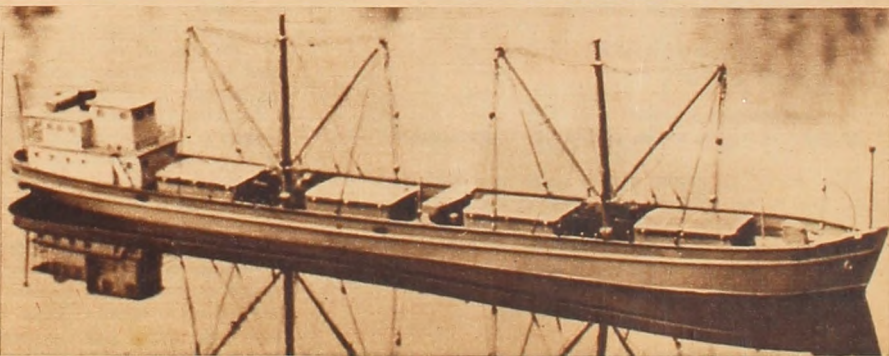
La progresiva disminución de las cargas encaminadas por la vía fluvial, al dilatar las intervenciones de los buques, menguaron las jornadas de trabajo de los hombres. Para subsistir, los tripulantes se vieron en la precisión de exigir elevación de retribuciones y con ello empeoraron la situación del cabotaje. En círculo vicioso cada vez más opresivo, fueron naufragando posibilidades de lucha y fue la desesperanza de una rectificación de situaciones la estacha fuerte que amarró las naves vencidas por todos los muelles de todos los puertos del país.

Hoy parece difícil la recuperación por la sola garantía de una preeminencia en el uso del caudal del río y por la sola razón de una potencial disponibilidad de cargas.

Para que la presencia del pabellón uruguayo sea renovada realidad, usufructuando así plenamente del esfuerzo económico demandado por las obras del Salto Grande, será menester coordinar la intervención de todos los medios de transporte para que cada uno actúe con todas sus posibilidades en la ruta más favorable y para la carga más rediticia, como habrá que pensar en transformar el tripulante en un colaborador efectivo de la navegación, interesado en su prosperidad por las perspectivas de su propia prosperidad.

Si estas condiciones no se logran, el hermoso río, humanizado para el desarrollo de las dos naciones vecinas, permanecerá huérfano de la presencia del pabellón uruguayo, mientras se acrecienta la del argentino e irrumpe el brasileño para movilizar hasta los puertos del Plata, la riquísima producción de la región occidental de Río Grande del Sur.

Homero MARTINEZ MONTERO
(Especial para EL DIA)



Naves de este tipo, de características especiales para el río Uruguay, iniciaron con éxito, hace pocos años, la navegación regular hasta el puerto de Salto.

EL CANARIO FLAUTA

SEGUN los suyos, Rogelio tenía sus "rachas". A la de la pesca le siguió la de las bochas, a ésta la de la caza y, con ella, la de los pájaros. Rogelio llenó el patiecito del fondo de jaulas y tramperos. Se pasaba las horas silbando bajito y preparando "pegapega" para ir a cazar dorados a Los Cerrillos.

Tanto su esposa como su hija no compartían su afición y más de una vez se discutía por ella en tono airado.

—¡Rogelioooo!
—¡Qué hay!
—¡Mira qué porquería!
—¡Barrelo!

Era el patiecito cubierto de alpiste y excrementos.

—¡Con tus malditos bichos, se nos va la plata en escobas!

—¡Déjate de amolar y barrelo!
—¡Un día de éstos le abro las puertas a todas las jaulas!



—¡Prepará salmuera antes!

Rogelio siguió con sus dorados. Que la comida; que la limpieza de las jaulas; que el paño negro para encerrarlos; que las crías, en fin, no la acababa nunca; y, domingo a domingo, a cazar a Los Cerrillos, con Horacio, un paciente que, según la esposa de Rogelio, "estaba soplado del mismo perfil".

Pasado un tiempo, nunca se supo por qué, Rogelio se deshizo de los dorados y se quedó únicamente con un canario flauta que...

—...reminta que ni Gardel!
—¡Una fiera, che!
—¡Escuchaste algo parecido alguna vez?
—Nunca.
—¡Oílo!
—¡Qué macanudo, che!

Rogelio no cabía en su pellejo de tanto orgullo.

Una noche se sintió mal y hubo que internarlo de auro. Del trance escapó con vida milagrosamente. Estuvo sin conocimiento cuarenta y ocho horas. Pero apenas sobrevino el primer instante de lucidez, su esposa, que estaba a la cabecera de su cama, le preguntó con ansiedad:

—¿Cómo estás, viejo?
Y él, a media voz, preguntó a su vez:
—¿Y el canario?
—Está bien; pero vos, ¿cómo te sentís?

—¿Le dan el güevo y la sanagoria?
—Le damos, sí; pero vos, ¿cómo estás?
—¿Le limpian la jaula todos los días?
—Se la limpiamos, sí; pero vos, ¿estás bien?
—Hay que cuidarlo, vale oro.

Rogelio mateaba bajo la parra del patiecito del fondo. Era feliz oyendo cómo su canario flauta, sin abrir el pico siquiera y vibrándole ligeramente el plumaje a la altura del buche, dejaba oír "un requintar que ni dios". Esta proeza que realizaba su pájaro, obedecía —según él— a la "cola de pescado" que le daba a picotear para que "picoteando y picoteando afinara el pico".

De pronto, desde la casa lúndera, llegó claramente el canto de un canario criollo. Rogelio, mate en mano, fue al encuentro de su esposa y, sin decirle agua va, le espetó:

—¿Qué me decís?
—¿De qué?
—¡Del desgraciado del vecino!
—¿Qué hizo?
—¡Se compró un criollo y me va a estropiar el flauta!
—Pero viejo, está en su casa y hace lo que se le antoja.

—¡Déjate de macanas, vos también!

Rogelio volvió al patiecito y lo primero que hizo fue esconder su pájaro.

Había que buscar la manera de hacer callar el canto del canario criollo. Tanto lo pensó que al fin dio con el remedio. Como a un niño a quien le han traído el juguete tantas veces pedido y largamente esperado y que, como enloquecido, sin ver nada, cruza el patio de su casa, atropellando cuanto silla o tiesto hay en su camino, en busca de alguien a quien participar su alegría; de la misma manera Rogelio fue al encuentro de su esposa y sin más ni más, le dijo:

—¡Ya está!
—¿Qué es lo que está?
—¡Se lo compro!
—¿El qué?
—¿Cómo el qué? El canario criollo.

Días y días estuvo rondando al vecino, con quien nunca había querido entablar conversación. Pero como ahora había un interés de por medio, le buscaba la lengua por encima de la medianera, a toda hora. A la semana charlaba con él como si se tratase de un viejo conocido. Al fin se decidió a proponérselo.

—Le doy veinte.
—Mire que es de los buenos.

El vecino lo veía venir y entonces trataba de sacar la mejor tajada.

—Veinticinco.
—Usted no sabe lo que se lleva.
—Digamos treinta.

La esposa de Rogelio espiaba la escena por la ventanita de la cocina y se puso furiosa al ver que su esposo seguía aumentando en sus ofertas.

—Canta como un ángel, oigaló.

El canto "matraca" del canario criollo lo sacaba de casillas, pero Rogelio, con simulada indiferencia, siguió ofertando.

—Treinticinco y de ahí no paso.
—Bueno.

Volvía Rogelio al patiecito con la jaula debajo del brazo, cuando su esposa le salió al encuentro.

—Te sacaste el gusto, ¿eh?
—¡Lo que es éste no canta más!
—¿Qué vas a hacer con él?
—¡Matarlo, qué querés que haga!
—¡Estás loco, con lo que te costó!
—¡El flauta vale un Perú!

Como una burla, el canario criollo emitía su estridente canto ininterrumpidamente. Rogelio entonces, presa de su gran arebato, puso la jaula en el suelo, levantó su pierna y dejó caer su zueco, bárbaramente, sobre ella. Cuando retiró el pie, su esposa se tapó los ojos para no ver aquella mezcla de palillos, alambres y plumas amarillas ensangrentadas.

Rogelio ensayaba con los dientes, los labios y la lengua, una burda imitación del canto de su "pupilo". Cuando conseguía hacerle dar el máximo, como él decía, sonreía satisfecho.

—¡Cuando lo oiga Enrique!

—Ni que fuera una cosa del otro mundo —acotaba su esposa.

—¡Y claro que es de otro mundo!

Porque su ciencia, la de preparar aquella garganta para las "variaciones machasas" no tenía parangón, según sus propias palabras. Para él no había secretos en punto a canarios. Lo siguió preparando y, una vez que creyó llegado el momento de que su pájaro estaba en condiciones de afrontar el juicio de Enrique, "un entendido bárbaro en canarios flauta", lo invitó a su casa.

—Vas o oír lo que nunca oíste.
—Vamos a ver.

Enrique era un compañero de frigorífico que dedicaba su tiempo libre —la familia poco contaba— al cuidado de sus canarios. En su casa no había una ni dos ni tres, sino veinte o treinta jaulas de todo tamaño, forma y calidad. No había peste común al canario que él no conociese y era un especialista en extirpar quistes de las alas

y la cola. Enrique tenía toda una variedad en plumaje: canarios amarillos, verdes, cenizas, canelas, overos, naranjas... Naranja, precisamente, pero de un color naranja intenso, era el de Rogelio, al que, a fuerza de comer zanahoria rayada, según él, le había vuelto el plumaje color fuego.

Enrique llegó aquella tarde especialmente invitado por el dueño de casa. Se ubicaron sobre un taburete largo en el patiecito del fondo, debajo de la parra, a donde llevaron un termo, el mate y dos atados de cigarrillos negros. Fumaban y mateaban, esperando que el pájaro acriera con su primer requinto. Pero los minutos se sucedían y, pesar del bisbiseo incitante que Rogelio improvisaba con sus labios, el canario, mirándolo, no se daba por aludido. Sólo de tanto en tanto cantaba algo, pero sin extremarse y sin ningún mérito especial. Rogelio, bien que secretamente, empezó una lenta acumulación de bilis. ¡Y tanto que había ponderado las excelencias de su pájaro!

Se habían fumado los dos atados de cigarrillos; y habían tomado dos termos de agua, pero el canario "no había dicho este pico es mío". Evidentemente, estaba haciendo quedar muy mal a su amo.

Oscurecía ya cuando decidieron dejar para otro día Rogelio aparentaba gran serenidad; pero la procesión...

Y ya en la puerta de calle.

—Será pa'otra vez, che.

—No sé qué puede pasarle.

—Cuando se les da por no cantar, es al fondo, che.

Rogelio sabía que Enrique se reiría por el adiós. Pero, tras la expresión de aquel rostro indiferente, el secreto goce del triunfo. ¡Cómo lo desgraciaba! Delante de su compañero ni un solo gesto de contrariedad que lo delatara. Sonreía y hacía como que no le daba mayor importancia al asunto. Pero pensaba que el canario de Enrique había demostrado ser más cantor, la otra tarde. ¡Ni qué hablar! Despidió al compañero y cerró la puerta con suavidad; pero, inmediatamente, sus pasos firmes, estruendosos, recorriendo el corredor, resonaron en toda la casa. A paso redoblado cruzó ante la miranda de asombro de su esposa, apretados los puños, mascullando... ¡Tan! era la furia que lo dominaba! Su esposa corrió a la ventanita de la cocina que da sobre el patiecito del fondo. Le vio avanzar en derechura a la jaula. La descolgó, y manteniéndola a la altura de sus narices, ¡puah!, una escupida se escurrió por sobre el pico del canario, quien, sacudiendo ligeramente su cabecita, lo quedó mirando por entre los alambres, sin comprender, angelicamente...

Ruben L. DEUGENIO
(Ilustración del autor)

Agosto de 1958.

(Especial para EL DIA)



CARMEN DUBRA DIAZ

SE fue en pleno prodigio de juventud, a la hora en que la muerte parece una contradicción. Se fue en los instantes de la esperanza, involuntaria desertora de la vida, a quien le tocó demasiado temprano despedirse de la sonrisa de su propia primavera, que atesoraba todas las calidades prometedoras de un porvenir venturoso.

A su belleza fina, unía la bondad, la dulzura, la inteligencia, los dotes magnánimos de la hermosura intelectual y física. Su sensibilidad enriquecida por el estudio le había adelgazado el espíritu, abriéndolo a la comprensión y al conocimiento. Una prisa secreta, adivinatoria, caldeaba de expresividad sus facciones, y animaba de humanísima simpatía sus actitudes.

En sus dieciocho años, había culminado como una flor la gracia de su temperamento, como si hubiera querido ganar el tiempo que se le iría tan pronto de las manos. Cuando desaparece así, súbita e inexorablemente, una existencia sin estrenar, se inclina ante ella la congoja de la ausencia y la frustración de una promesa. Dieciocho años son apenas una sonrisa de la existencia, una confiada expectativa.

Como un ademán de adiós en el aire, queda palpitando la suavidad del recuerdo, entre todos aquellos junto a los que pasó con la levisima e inolvidable gentileza de su carácter.

Y con la melancolía que producen siempre las heridas irreparables, rendimos dolido tributo a su bella juventud extinguida.

D. I. R.

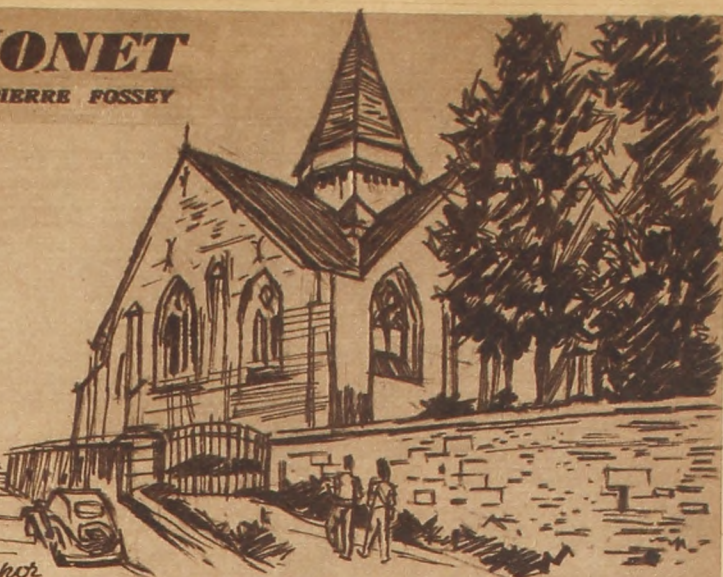
LA CASA DE CLAUDE MONET

APUNTES DEL NATURAL DE PIERRE FOSSEY

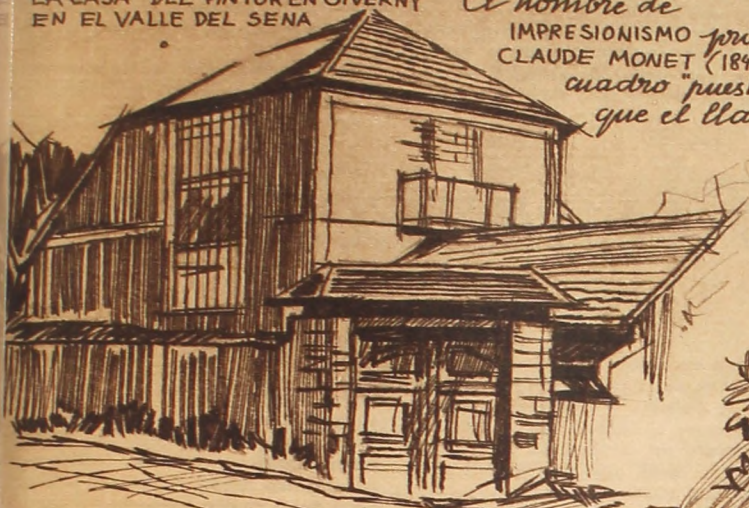


LA CASA DEL PINTOR EN GIVERNY
EN EL VALLE DEL SENA

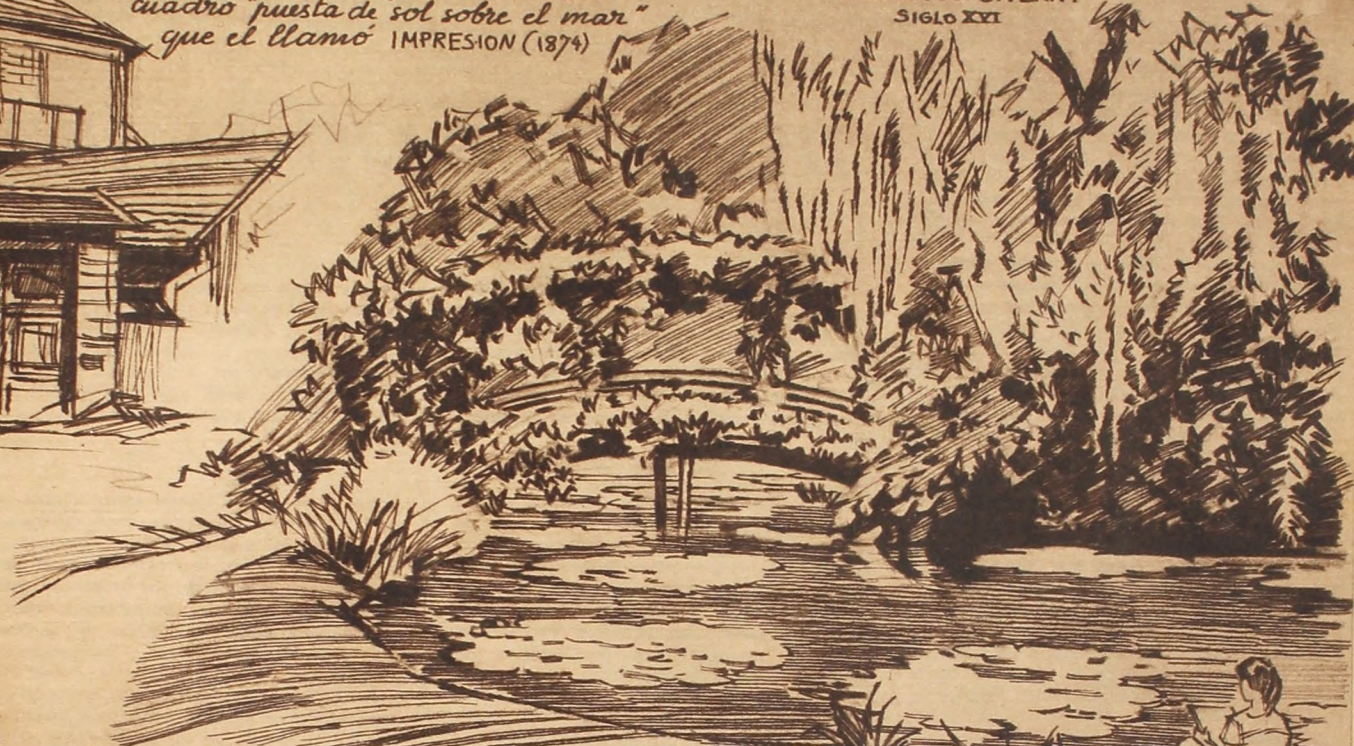
El nombre de IMPRESIONISMO proviene del título dado por CLAUDE MONET (1840-1926) a uno de sus cuadros "puesta de sol sobre el mar" que él llamó IMPRESION (1874)



IGLESIA DE GIVERNY
SIGLO XVI



EL ATELIER DE CLAUDE MONET



Ya en 1870 CLAUDE MONET y PISSARRO frente a DELACROIX y a los TURNER de Londres, tuvieron la revelación de lo que debieron hacer, y el grupo de los IMPRESIONISTAS, formado por PISSARRO, MANET, SISLEY, JONGKIND, RENOIR, DEGAS, CAILLEBOTTE, BERTHE MORISOT, TOULOUSE-LAUTREC y SEURAT, con CLAUDE MONET a la cabeza emprendió una larga

EL "JARDIN DE AGUA" Y SUS NENUFAROS DONDE EL MAESTRO PINTO SUS "NIMFEAS"

ENTRADA PRINCIPAL CON PLACA RECORDATORIA



CLAUDE MONET a la cabeza emprendió una larga

Giverny
PIERRE
FOSSEY

CAMINO FLORIDO

CLAUDE MONET en 1882

instaló su taller en GIVERNY a 80km. de PARIS. Fue allí que en sus últimos años pintó la magnífica serie de sus NIMFEAS del museo de L'ORANGERIE



TUMBA DE CLAUDE MONET Y DE SU FAMILIA



Tarda a veces en llegar, y la impaciencia se diluye como se puede.

Esas cajas cuadradas herméticas, que suben y bajan, trayendo o alejando a la gente que vive en el piso undécimo, que trabaja en el piso tercero, que concurre accidentalmente al séptimo piso, tienen una sustancia muy suya en sí, más allá de la estructura de hierro, de la puerta plegadiza, del impulso, con que arrancan hacia arriba o hacia abajo.

Los ascensores, no son ya las paredes prietas del apartamento, a menudo suntuoso, o de los escritorios proyectados en serie. No son el techo que está ahí arriba como una tapa.

Constituyen ellos, un cuerpo con nervios, ligado a la parte inmóvil del edificio; poseen una voz sutilísima, que es casi un rumor; tienen un estremecimiento comunicativo en su envoltura muy dueña de sí.

Todo eso, al oprimir el ascensorista el botón eléctrico, sube con su contenido denso de humanidad, de una humanidad ajustada, cenida.

En esas cajas aceradas que van con ritmo sostenido desde el piso bajo al undécimo piso, está canalizado en realidad un verdadero torrente de vida, hecho de la rutina diaria, la abulia que viene de improviso, la vaga impaciencia y el deseo concreto. Esa fuerza recóndita, sube en el ascensor al tercer piso, al séptimo piso, al undécimo piso. Tiene la forma de una se-

ñora gruesa que lleva a un chico de la mano; que aprieta en la otra mano un ramo de flores que ha comprado en la feria. Y tiene la forma de todas las demás personas que han entrado de pronto al ascensor; que están unas junto a otras, conteniendo casi la respiración, como el secreto de la propia vida.

Había algo de jaulas en aquellos primeros ascensores que tomaron posesión de una docena de casas ¡de tres pisos!, en la ciudad vieja. Las varillas de hierro de esas jaulas, en que empezaba a cantar el progreso, abatieron osadamente el alpinismo de las escaleras, en aquellas verdaderas mansiones donde vivían tres familias entroncadas que se llevaban bien; y cuyo contingente doméstico empezaba en la galera enhiesta del señor de la casa, y terminaba en las trenzas de la última nieta, cuyas moñas iban de aquí para allá como mariposas.

Por esos ascensores se llega ahora, a menudo, por imperio de la renta y por otros imperios, al consultorio blanco del dentista;

a la pieza, toda revuelta, donde hacen zurdos de ropa, invisibles; a la agencia donde se venden solares a plazos, de un balneario nuevo, recién hecho.

Se comprende bien, que no sean iguales los ascensores de los Juzgados, de ciertas oficinas públicas, de la Caja Nacional de Ahorros y Descuentos, del edificio del Gobierno Departamental, de la Caja de Jubilaciones. La función permanente les ha penetrado, les penetra hondo, les da, les pone un alma. Y esa alma está ahí, a la vista de todo el mundo.

Hay una conmixión de sudor, de impaciencia; hay un trasfondo oscuro, gris, con ribetes amarillos de desgano, de lata envasada, de papel sellado, de cómputos y testigos, de vista fiscal, de querellas, de todo ese amasijo con que la población múltiple, todos nosotros acaso, amasamos o nos amasan el pan nuestro de cada día.

Los ascensores, así, que salieron nuevos, ilesos, insensibles, de la fábrica, han ido tomando contacto diario con las alternativas de la impaciente vida ciudadana de hoy, y ahora están ahí, mostrando todo.

Grandes contingentes sociales, de diverso tipo y condición, penetran, suben y bajan diariamente por ellos. No siempre suben con esperanzas. No siempre bajan decepcionados.

va a perderse, a quedar depositado en una instancia. Tal vez para siempre.

En esos modernos edificios para escritores que se están levantando ahora, los ascensores son verdadera cajas blindadas, algo de tanques bélicos, únicos acaso, serán impenetrables a la tibieza dolorosa y tratinada del hombre común.

Llevarlos ellos al buró del profesional tramita el divorcio de la vecina de la vuelta de casa; del letrado que está haciendo reconocer el derecho de esos tres naturales, ¡tan naturales!, mozos ya, que están ahí sentados los tres, a la herencia que parece cuantiosa, dejada por el progenitor al que apenas conocieron, entre tesis, y que murió en Europa hace un año y medio.

Del escritorio de al lado llega, entre tanto, el tecleo de la máquina de escribir, gida por aquella rubia oxigenada, al ritmo con que lo hacía en el pobre piano de años, y que en este mismo instante escribiendo: "En Montevideo, a los 28 del mes de... se presentan...". ¡Se sientan!

No hay duda que los ascensores de modernísima propiedad horizontal, ejen-

DEL PISO BAJO AL UNDECIMO PISO

nados. Van a cumplir, a llenar una función, una obligación, un requisito. Llevan una citación en el bolsillo, un escrito, unos pesos; o llevan en el bolsillo una esperanza. O sencillamente no llevan nada. Pero nada es también, a veces, una cosa grande que ocupa toda una vida!

atracción, como los "convertibles" y los "lanchas", en ciertos sectores sociales de la ciudad. Lucen atildamiento, brillo, distinción? ¿suntan euforia; son, en fin, los miembros económicamente privilegiados en este mundo dinámico de formas, indispensables a la residencia actual, de los que aquellos ratos de la ciudad vieja fueron sacrificados a nosotros.

Uno les aguarda a la puerta; observando número luminoso registrado arriba, mientras van subiendo o bajando como un termómetro; particular termómetro en las cadenas necesidades de nuestros días; ¿fiebre de alturas? Al fin llega, entre el go bostezo de las escaleras. Ahora nos toca a nosotros.

Si pasáis frente a uno de esos edificios monumentales a altas horas nocturnas, veréis el ascensor recostado en su sitio, como pasando revista al trájín del día anterior. Su ojo insomne, encendido, parece horas no se sabe qué, en el silencio de la noche.

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA).

RECUERDE UD.

SUPERIOR CALIDAD!!

BOTIQUINES Y ARMARIOS PARA BAÑO EN SUS DOS TIPOS DE EMBUTIR O APLICAR

Marca "JISSA" ELEGANCIA Y FINA TERMINACION

En venta en todas las buenas casas del ramo, si no lleva nuestra marca "JISSA" en cada unidad RECHACELO



ES OTRO PRODUCTO DE:

Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA YTU 1824 - TELEFONO 500261

El mejor esmalte para cualquier superficie

DENVERLUX UNA MANO VALE POR CUATRO!



CLERICETTI & BARRELLA S.A. RINCON 729



Tenían mucho de jaula algunos ascensores de épocas pasadas.



La salida diaria.



Ascensor lujoso último modelo en consonancia con el atildamiento del ascensorista.

Tarzan

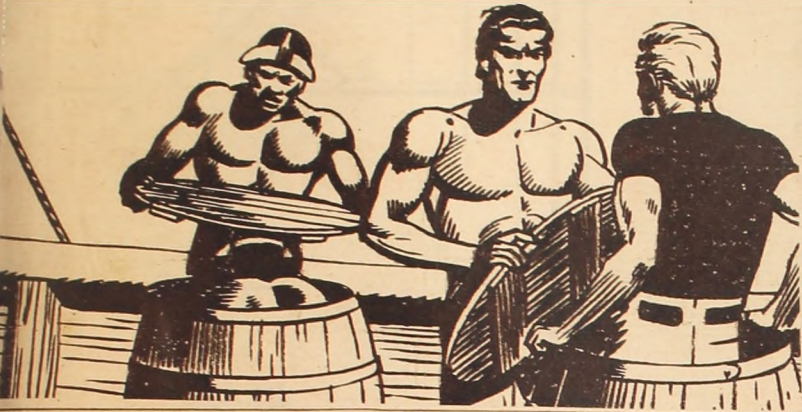
por **EDGAR RICE BURROUGHS**

EN LA QUIETUD DE LA NOCHE, EL BARCO DE BRUCE BROWN SE ACERCO A LA FORTALEZA DE AKBAR.



"EL VIENTO Y LA MAREA PODRÍAN LLEVARNOS DIRECTAMENTE A TIERRA" SUSPIRO BRUCE BROWN.

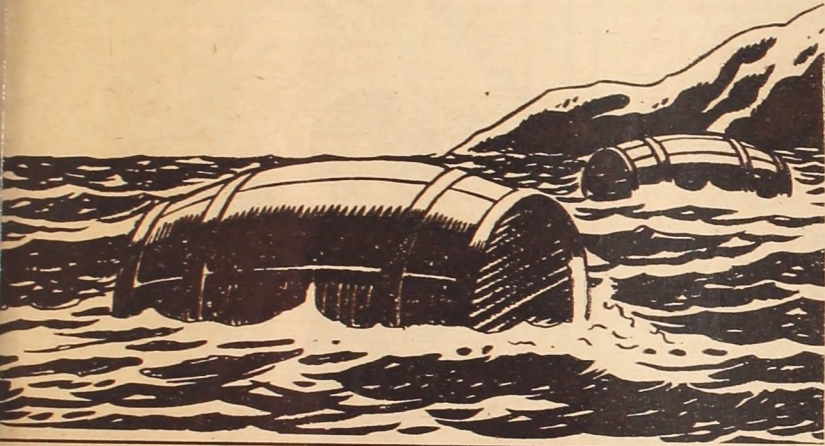
LA HORA DIJO TARZÁN SOLEMNEMENTE. "MIRE UD. LA FORTALEZA" ABUPTAMENTE, LOS HOMBRAS ASIGNADOS SE METIERON EN SUS BARRILES.



LAS ABERTURAS FUERON OBTURADAS Y LOS BARRILES DEPOSITADOS SUAVEMENTE EN EL AGUA.



MINUTOS DESPUÉS EL MAR ESTABA SALPICADO DE CASCOS... CADA UNO CONTENIENDO UN RESOLUTO GUERRERO.



PRONTO EL PRIMER BARRIL LLEGO A TIERRA, CERCA DE UN CENTINELA ARABE.



SILENCIOSA, DETERMINADAMENTE, BRUCE BROWN EMERGIO DE SU ESCONDITE.

PICK
VANBUREN
JOHN
CELARDO



Y NO PERDIÓ TIEMPO PARA DISPONER DE SU SORPRENDIDO ENEMIGO!

-1306



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

Toddy

No tiene,
ni puede
tener similares



PRIMICIAS PRIMAVERALES

Algodones

LISOS Y ESTAMPADOS
QUE YA PRESENTA
LA SECCION TEJIDOS
DE NUESTRAS 3 CASAS.

ALGODON ESTAMPADO, en gran variedad de diseños garantidos al lavado. Ancho 0.90, el metro

\$ 3.20

ZEPHIR "MIX" a rayas y cuadros exclusivos en tintas INDANTHREN. Ancho 0.85, el metro

\$ 3.50

POPELINA ESTAMPADA, en novedosos diseños para vestidos. Ancho 0.90, el metro

\$ 4.50

BATISTA ESTAMPADA, delicado diseño para lencería. Ancho 0.90, el metro

\$ 4.80

ZEPHIR BORDADO a cuadros y rayados con novedosas combinaciones de colores. Ancho 0.90, el metro

\$ 5.50

PIQUE JACQUARD FANTASIA, tejido de moda para la presente estación. Ancho 0.90, el metro

\$ 5.50

TELA "GLEN" ESTAMPADA, con motivos marinos, ideal para playa. Ancho 1.00, el metro

\$ 5.80

SATIN DE ALGODON LISO, en los tonos coral, turquesa, calipso, habano y royal, para vestidos sport. Ancho 0.90, el metro

\$ 7.50

PIQUE DE ALGODON MERCERIZADO INARRUGABLE, en colores lisos para vestidos o tapados de verano. Ancho 1.30, el metro

\$ 7.50

POPELINA LISA 2x2, de regia calidad en todos los colores. Ancho 1.05, el metro

\$ 8.50

GABARDINA PILOT IMPERMEABILIZADA, en los tonos de moda. Ancho 1.00, el metro

\$ 9.50

RUSTILIN, tejido de trama rústica para la nueva línea de la moda. Ancho 0.95, el metro

\$ 9.50

POPELINA ESTAMPADA "MINICARE" en original diseño esfumado. Ancho 0.90, el metro

\$ 10.50

TELA DE HILO LISA, un tejido impuesto por la moda en la gama completa de colores. Ancho 1.40, el metro

\$ 11.50

NOVEDADES: Brocados de seda y algodón franceses, Radzimir, Rasos lisos y fantasia, Organzas lisas y estampadas americanas, Broderies y Cluny suizos.

Programación de CASA SOLER en SAETA T.V. Todos los días excepto domingos a las 22 horas, EL NOTICIERO DE LAS 3 AVENIDAS. — Lunes, Martes y Miércoles a las 20 horas ATRACCIONES VARIAS.



CASA MATRIZ Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES-Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Av. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

